

EL TIO AGUSTIN

I

Sentado en la cama, con la ropa apelonada á un lado, miraba Agustín de ese modo medio estúpido propio de la soñolencia, las líneas de luz que marcaban las rendijas del balcón. Sin duda, debía de ser muy tarde, por que la luz aquella era muy fuerte, de un tono rojizo.

--Las ocho lo menos,—pensó Agustín.

Y de pronto, como por una decisión enérgica de la voluntad, saltó de la cama. Se vistió despacio, dudando aún si sería bueno eso de levantarse tan pronto...

La verdad es que la noche anterior había sido de jaleo y fiesta; y eso, después de haber pasado todo el día por aquellos montes, trás de las perdices.

Por un momento, el recuerdo de la cacería distrajo á Agustín. Ya estaba él viendo y representándose las peripecias cinejéticas del día anterior. ¡Maldita suerte! Entre dos cazadores matar una sola perdiz, es cosa que avergüenza á cualquiera. Y que se quedaban cortas de burlonas, las chicas del pueblo!...

Por allá bajo, en el zagüán quizás, sonó una vocecita dulcísima que cantaba con mucha entonación:

Vorrei morire.... etc.

—¡Qué sentimental está esa antes de almorzar!—exclamó Agustín riendo.

Concluyó de vestirse, después de bien lavado con agua fresca, muy fresca, (porque él no consentía otra cosa, ni la estación convidaba á ello), y abrió el balcón.

La luz entró libremente, inundando la alcoba y realizando el desorden de muebles y vestidos. Agustín respiró con ansia el airecillo puro, que venía de los pinares á renovar la atmósfera viciada de la casa. El día estaba precioso, día de verano que en aquellas alturas era de primavera, con su cielo azul obscuro, sus oleadas de sol que corrían sobre los montes marcando todos los detalles, animando la vegetación fuertemente coloreada y frondosa, embriagando á los pájaros que corrían de

árbol en árbol lanzando chillidos, trinos y gorjeos.

Agustín se sabía de memoria todos aquellos sitios con todas sus bellezas. Durante veinte años (los cumplió en Junio), había tenido sobrado espacio para observar el paisaje grandioso de aquel rincón de provincia. Todos los veranos iba con la familia á pasar los meses de calor en la casa solariega, que ya no era más que una masía. Pero lo monotonó de la costumbre no produjo en él la indiferencia. En su alma joven estaba arraigadísimo el sentimiento de la naturaleza, y movido de él, sabía apreciar el punto estético de aquellos paisajes.

La vocecita dulce continuaba en el zagüán:

Vorrei morire....

—¡Nieves! ¡Nieves!—gritó Agustín dejando sus observaciones campestres y corriendo hacia donde sonaba la voz.

—¿Qué?—preguntó Nieves desde abajo.

—¿Sabes que te has levantado de un temperamento sentimental?—dijo Agustín en lo alto de la escalera.

Abajo reinó un silencio penoso, durante el cual parece como que se meditaba una respuesta digna. Por fin, así como al descuido, salieron estas palabras:

—¿Y tú, dormilón?

—¿Yo? Aquí me tienes?

—Bueno, pues baja y almorzaremos.

—¿Cómo es eso?—dijo Agustín saltando de dos en dos los escalones para llegar más pronto. Pero se llevó chasco. En el zagüán no había nadie. De allá dentro, de la cocina, volvió á salir la vocecita:

—Espérate, ya voy.... Y añadió enseguida: —¿Tú querrás chocolate?

—Sin duda, dijo él.—Y la leche, ¿eh? el vaso de leche... Se les habrá olvidado, de seguro.

La vocecita no contestó; y Agustín, con las manos en los bolsillos de la chaqueta que llevaba desabrochada, mostrando la camisa muy blanca, nuevecita, se asomó á la puerta de entrada para volver á sus observaciones estéticas. El camino que iba al pueblo, pasaba á dos varas de allí y estaba entonces muy animado. Las gentes que vivían en las afueras acudían al mercado.... á oír misa....

La campana de la iglesia, cuya torre surgía dominando las casas más altas, llamaba con ese apresuramiento que tienen las campanas cuando las maneja un monaguillo ganoso de concluir su labor....

Agustín se cansó de saludar á todos los que pasaban con el *Buenos días* imprescindible,

que no perdonan aquellas gentes, cuyas etiquetas son más pesadas que las de la ciudad; además, el sol molestaba mucho, sobre todo en los ojos. Se entró y á t  que lo hacia   tiempo, al propio tiempo que sal  de la cocina Nieves, aquella Nieves de la vocecita dulce. Agustín quedó un momento mirándola; era bonita la chica; decididamente era bonita. Avanzó hacia ella y la salud  con acento burlón.

—Buenos días, Nieves.

Ella, con las manos escondidas bajo del delantal, le mir  fijamente y luego dijo:

—Buenos días, t o.

— T o?  Has dicho t o?—exclamó Agustín.

—Pues claro.  Eres   no mi tío?

—No, señor.... Es decir, s , señor.... Pero vamos, que no quiero que me llames t o. Eso me avieja horriblement . A ver si cualquiera se figura que tengo treinta   cuarenta años....

—Falta te hacen,—apunt  Nieves acercando una silla   la mesa de la izquierda, mesa de comedor, sin pulimentar, y sentándose.

— Para qué? dijo Agustín tomando igualmente asiento.

—Para tener juicio....

— Ah sí?... Pues mira te prohibo desde hoy que me hables de t . De usted, niña, de usted.

O soy   no soy tío.... Y ahora, d    esa que traiga el chocolate....

Nieves llam    Remigia y Remigia sacó los desayunos. Ven  también el apetecido vaso de leche, que no se había olvidado.

— Bravo!—exclamó Agustín.—Veo que aún tenéis memoria.—Y añadió luego, mirando   su sobrina.

— Ah!  Tomas chocolate como yo?

—S .... señor, contestó Nieves, mojando una cortada de bizcocho que se desmenuz  en la jicara de puro recién cocido.

—Eso es, señor. Bien hablado....  Y mi padre?

—En el pueblo, con el mío.

— La mamá?...

—Concluyéndose de vestir.

Callaron por algunos momentos para comer de prisa.

Agustín encontró el bizcocho excelente.

— Lo has hecho t ?

—Sí.

—Pues está muy bien. Cuando te busque no vio tendrá en cuenta tus habilidades de confitería.

Nieves hizo un moh n que tanto tenía de indiferencia como de contrariedad. Su cara fresca, rebosando salud, se colore  vivamente.

—Pues mira, —continuó Agustín— sé de un amigo que aprecia mucho esos detalles... Y entre paréntesis, ¿iremos á misa?

—Nosotras de seguro. Tu irás donde quieras...—Nieves se detuvo, como impresionada por una idea triste, algo que oscureció su frente blanquísima y pura.

Se rehizo al momento y concluyó.—¡Como todos los hombres sois ahora unos judiotes!

—Oye, chica: ¿Dónde has aprendido eso? ¿En el colegio?—dijo Agustín como enfadado. ¡Ah, y te advierto que olvidas muy pronto la consigna! Me has hablado de *tú*.

—Vete á paseo! exclamó Nieves entre enfadada y burlona.

—¡Cómo! ¿Te insubordinas contra tu tío, tu respetable tío?—gritó Agustín.

Y como viese que Nieves reía al fin descaradamente,

—¿Pero soy ó no soy tío?—añadió.

—Sí; eres un tío... muy fastidioso,—contestó la sobrina.

Y tirándole la servilleta á la cara, huyó por la escalera riendo sin escrúpulo, con carcajadas sonoras que tenían algo de canto.

II

La Hoya es un pueblo metido en un vallecito estrecho y encajonado, como un agujero de aquellas montañas; pueblo de labriegos, de leñadores y de aficionados á la caza. Casi todos los vecinos (con licencia ó sin ella) tienen escopeta, perros y hasta hurón, lo cual allí es perfectamente público, puesto que no hay guardia civil, ni se vé una pareja sinó allá, á media legua de distancia, en la carretera que va á la capital. Con esto, y una corporación municipal compuesta de los más acomodados del término, que procuraban constantemente por la administración y la rebaja de las contribuciones, los vecinos de La-Hoya eran por entonces felices, archi-felices. La verdad es que el ayuntamiento (salvo los apartados que allá en lo hondo de los libros de cuentas pudiera procurarse), era paternal y solícito con sus gobernados. La-Hoya parecía una capital en miniatura. Había un sereno, algo así como guardias municipales, alumbrado de aceite y otros lujos. Por su parte, la actividad individual, esforzándose por cooperar á la actividad administrativa, había creado varias tiendas de co-

mestibles, una sucursal de venta de escopetas, una zapatería, una sastrería, dos talleres de carpinteros, un casino que recibía *El Imparcial*, y por fin, un comercio completísimo, casi un bazar de ropas, desde la bayeta á la seda.

Hasta cierto punto, y tenían razón, esto constituía uno de los orgullos de La-Hoya. La tienda estaba perfectamente surtida, no ya de su género especial, sino también de los ramos de sombrerería, alpargatería, etc. Además, era dependencia de Hacienda pública; al lado de las ropas y adherentes, estaban los cigarros; era el estanco de La-Hoya. Con todo esto, la casa rebosaba á todas horas de compradores, porque los vecinos eran muy aficionados al tabaco y las vecinas á los refinamientos del guardarropa; aficiones que llevan en germen la decadencia y ruina de los pueblos.

Por otra parte, el dueño de aquel casi bazar merecía todos los dones del Señor. Era un hombre afanoso por trabajar, sufrido, conocedor de los negocios y muy apreciado por su honradez. No faltaban malas lenguas, que murmurasen; pero esto es patrimonio de la vida social, lo mismo en un pueblecillo que en Madrid. La verdad es que la historia de aquel hombre era la mejor lección para los araganes

y desocupados. Siempre celoso de sus bienes, no descuidaba una ocasión ni dejaba perder un momento. Representaba, además, la parte más culta del vecindario, que si abundante, tenía muy pegado el pelo de la dehesa.

El señor Narciso, por el contrario, entendía de mundo y daba gusto oírle hablar, sobre todo tocante al arte de la vida; era un hombre práctico en toda la extensión de la palabra.

Por todo esto, (lo de educación, el estanco, etcétera), había hecho Agustín de la casa-tienda su descansadero y centro de operaciones, en cuanto llegaba á La-Hoya. Los días que no le enredaban los aficionados con una partida de caza en el monte ó le retenía su sobrina para que la acompañase en un paseo, ó su madre para que la leyese cualquier libro, se marchaba muy temprano al pueblo, y ya en él, hacia las dos constantes estaciones: primero, el casino, para leer rápidamente *El Imparcial*; luego, la tienda del señor Narciso. La segunda estación debía de marcar en el libro de Agustín *parada y fonda*, porque allí se estaba largo tiempo, echado sobre los cajones de cigarros que formaban un sofá magnífico, ó montado en el mostrador, observando á los compradores y fumando, pitillo tras pitillo, el contenido de una cajetilla de treinta y cinco, gasto que en

traba en el presupuesto diario de Agustín.

Durante la visita, hablaba constantemente con el que servía el mostrador, bien fuese el señor Narciso, su esposa ó su hija. ¡Ah, sí! Con la hija gustaba mucho de hablar Agustín. Y la verdad es que aquella muchacha alta, garbosa, de formas muy perfectas, blanquísima, con los labios muy rojos y las mejillas, la frente y el remate de las orejas preciosamente sonrosados, daba gozo de ver. Era una nota bellísima, pero discordante de todas las que ofrecía La-Hoya, y con esto más bella aún.

No había en todo el pueblo una chica tan blanca, de cutis tan fino como Irene.

Agustín había jugado con ella en la niñez, la había visto crecer pulgada á pulgada, y nunca se le ocurrió aquello de que la chica era bonita, pero muy bonita. Esta reflexión vino de pronto, aquel mismo verano, cuando él se encontró de repente á la niña hecha mujer, desarrollada en un todo, llena de ese atractivo de la fruta nueva.

Cierto que la edad de Agustín también había avanzado, y que con la edad habían venido nuevas ideas y diverso modo de apreciar las cosas: ello fué que encontró á Irene divina y se condolió de no haberlo notado antes.

En un principio, la cosa no pasó de aquí. Agustín iba á la tienda como siempre, gastaba las mismas bromas que en otros tiempos, parecía tan maniático por la pulcritud en el vestir como antes. Pero insensiblemente, de un modo que en Agustín no era del todo deliberado, las visitas aquellas tomaron distinto giro. Empezó á preferir la conversación de Irene á toda otra, y hasta le aburrían los compradores.

Pueden Vds. creerlo, que le aburrían. Así es, que aprovechaba todos los momentos que tenía libres la chica, y allá iban aquellos párrafos larguísimos, aquellas historias de su vida, siempre de su vida, porque Agustín no sabía hablar de otra cosa. Lo que había sido, lo que era, lo que sería. Y esto, con un lujo de detalles algunas veces picantes, una abundancia de nimiedades psicológicas tal, que Irene se aturdí, se embrollaba y concluía por no entender aquello y reirse de todo.

Otras veces le daba á Agustín por estarse callado, allá en el sofá de cajones, contemplando ávidamente la cara, el cuerpo, las sonrisas, las miradas y el mover ondulante y gracioso de aquella juventud que tenía toda la fortaleza de la montaña y todo el fuego del medio día. Eso también lo había observado

Agustín, y como que añadía, en su concepto, nuevo valor á la belleza de Irene. Por esto ó por lo otro, ello es que se armó tal galimatías en aquella cabeza de estudiante de veinte años, que no supo entenderse ni sacar nada en limpio.

Al final, averiguó una cosa; que estaba enamorado de Irene, ó lo que según él era igual, que gustaba muchísimo de la chica y que hubiera querido cada cinco minutos comérsela á besos. En este terreno la cuestión, Agustín que tenía algo de precavido, trató de andar con pies de plomo.

Hasta entonces no se había cuidado de que sus padres, ni su hermano, ni la sencillota de su sobrina, reparasen en las visitas á la tienda. Pero desde que se advirtió de aquel enamoramiento, creyó que se lo habían de conocer enseguida y de prohibir, por de contado; y lo ocultó mañosamente. Por lo regular, pagaba la coartada el casino. «Nos entretuvimos... He estado allí toda la mañana... Una partida de dominó...» Además, procuraba ir á la tienda con algún pretexto de compra; y tanto lo hizo así, que se enteró en poco tiempo de todo el surtido que en diversos ramos poseía el señor Narciso, para satisfacción de las necesidades vecinales.

III

Aquel domingo sí que acompañó Agustín á su madre y á Nieves. Estuvieron en la misa mayor, una misa con órgano atrozmente desentonado, que tocaba el barbero de La-Hoya, gran *dilettante* de la música. Agustín se colocó en la puertecilla de la sacristía, sitio de preferencia y premeditadamente escogido, desde el cual veía perfectamente toda la nave central, y con especialidad, cierto rinconcito de la primera capilla, en que se arrodillaba Irene, muy visible merced á un rayo de sol que llegaba luciente hasta ella para rodearla como de un nimbo luminoso. Así resaltaba mejor de entre la media luz, tibia y misteriosa, que el sol cortaba con aquella banda dorada y brillante.

Con toda intención, Irene iba primorosamente cuidada aquel domingo. Al lado de su madre, vieja con la vejez feísima de la mujer de pueblo, ella, arrodillada con cierto arte, realizaba aún más su juventud bella, rebosando salud, la sávia que corría por todo el cuerpo coloreándolo con matices de manzana en toda sazón.

Agustín sintió un estremecimiento de pla-

cer al admirar aquella figura que se le ofrecía con todos los encantos de lo deseado. La falda, de fondo oscuro, rameada discretamente con florecillas pequeñas estampadas con bastante fidelidad, le pareció á él manto de rosas que cubría las desnudeces de aquel cuerpo de virgen.... Por bajo de la mantilla salía el cabello rizado, de un tinte suavemente rubio, recortando la cara fresca y de mirada profunda.

Satisfecho, respirando todo el hálito del placer que se escapaba de aquella niña que súbitamente se le mostraba como mujer en todo su desarrollo y parecía llamarle para unir dos juventudes, Agustín sintió orgullo de poseedor, sí, porque él se suponía ya poseedor de todo aquello; y miró á todos lados con aire triunfal, como desafiando á la concurrencia, gozándose de ser el amo, el descubridor de aquel tesoro, con derechos de primer ocupante....

En el altar, la misa desarrollaba todo su ceremonial solemne; el órgano chillaba, horriblemente equivocados los registros, y el coro seguía su canto bajo, ahuecado, con aquellos esfuerzos de labradores que aspiraban al dictado de artistas.... Agustín no vio ni se dió cuenta de nada de esto.

Para él no había más que el referido rincón de capilla que le enviaba á veces miradas llenas de luz y de promesas.

Sin saber cómo, la corriente de amor se había establecido entre aquellos dos puntos. La perspicacia mujeril de Irene le había hecho comprender todo lo que Agustín sentía, y ella también, dando rienda suelta á su afán, con toda la franqueza de las gentes rurales que llega á veces hasta la grosería, contestó con rubores súbitos y ojeadas llenas de fuego.

Bien podían decir los dos que no habían estado en misa. ¿Oyeron acaso algo de las sagradas oraciones?

No, de seguro que no. Solo hubo un momento en que se fijaron en el altar. Agustín tropezó con la mirada suplicante, dolorida, de Nieves, alarmada por aquellas irreverencias; y el tío, aquel tío de veinte años, bajó la cabeza avergonzado ante la súplica muda de su sobrina.

Irene también sufrió aquella advertencia que ya entonces, para ella, tenía mucho de severa; y no atreviéndose á sostenerla, á medir armas con aquella niña de ciudad que tenía de su parte toda la fuerza de la educación, se humilló como Agustín y miró también al altar.

Pero fué un momento. Luego tornaron á su conversaci3n de sonrisas y miradas, hasta que acab3 la misa y tuvieron que salir de la Iglesia.

En la puerta, Nieves par3 á su tío.

—¿Nos acompaasas? le pregunt3.

El hizo un gesto de desagrado, y luego, sonriendo á su madre, disimulando todo lo que pudo, dijo trabajosamente:

—¿No est3n ahí los papás?

—Se han ido al casino.

—¡Ah! pues entonces... voy á verles... á leer...

La madre de Agustín asintió, sin advertir la turbaci3n de su hijo; pero Nieves qued3 p3lida, agitada por un temblorcillo nervioso, mir3ndole con aquellos ojos azules, magníficos, que parecían pedir auxilio.

—Bueno... ve... iremos nosotras solas—dijo trabajosamente.

Agustín no vi3 en aquella palidez ni en la turbaci3n que la acompaaba, sino un resto de enfado por la irreverencia de antes. Se despidió de prisa, y corriendo, tropezando con los grupos que había en la plaza, se fué á casa de Irene, anhelante de oír transcritas en palabras

aquellas hermosas promesas que salieron del rinconcito de la capilla.

La habl3 con toda la efusi3n de su juventud, de aquel deseo ardiente, de aquella hambre de cariño que súbitamente le había dominado. Ella, en un extremo de la sala, apoyada en la cómoda, le oía sin mirarle, roja de vergüenza y de placer, expiando con miedo los pasos de su madre en la cercana alcoba. Con un grito espontáneo, una alegría feroz, que ella misma no supo contener, porque le ahogaba, le dijo que «sí,» le dijo que le quería; y esto animado con el brillar profundo de los ojos y el temblorcillo vacilante de las manos... Después se separaron. El estaba repleto de gozo, viendo pequeño el mundo ante su felicidad; ella satisfecha, sintiendo el poder magnífico de la pasi3n que dominaba todo su temperamento de mujer sanguínea.

IV

Desde entonces, Agustín hizo su vida en la casa del seor Narciso, acompaando á Irene en los paseos á los barrancos, en las expediciones á las heredades, pero evitando siempre dar publicidad al lazo que los unta. Ella, con